César

Comentarios a la guerra de las Galias

Introducción, traducción y notas
de José Joaquín Caerols

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2002
Segunda edición: 2015
Cuarta reimpresión: mayo 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, traducción y notas: José Joaquín Caerols Pérez, 2002
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-9436-8
Depósito legal: M. 26.648-2014
Printed in Spain

Índice

11 Introducción
43 Bibliografía

Comentarios a la guerra de las Galias
49 Libro I
103 Libro II
130 Libro III
155 Libro IV
184 Libro V
235 Libro VI
274 Libro VII
350 Libro VIII

397 Apéndice

409 Índice analítico

Amicis et sodalibus

Introducción

Los hechos

El año 58 a.C., César era un hombre en plena huida hacia delante. Su consulado del año anterior le había granjeado tal número de enemigos, tal había sido su desprecio del orden legal y de las reglas del juego político, que no le quedaba otra opción que lanzarse a una búsqueda frenética de nuevos y más contundentes instrumentos de poder para blindarse frente a sus adversarios. Éstos, desde luego, esperaban a que concluyese el mandato excepcional de cinco años que le había conferido la *lex Vatinia* (59 a.C.): pasado ese plazo, quedaría privado de su inmunidad judicial y, con ello, lo tendrían a su merced.

En tales condiciones, la vía más rápida y efectiva para lograr sus propósitos era la guerra. Como a cualquier general con ambiciones políticas, a César se le ofrecía la oportunidad de aprovechar el mandato provincial que se

disponía a asumir para desencadenar un conflicto armado: con él podría conseguir gloria y fama, recursos financieros y, no menos importante, un ejército bien adiestrado y fiel a su persona. César, pues, necesitaba una guerra, y fueron los galos quienes pagaron el precio. Un precio desmesurado: se ha calculado que, de una población que rondaría los diez millones de habitantes, un millón fue exterminado y otro vendido como esclavo, la destrucción y el saqueo arrasaron la totalidad del territorio y fue tal la cantidad de oro que afluyó a Roma que el precio del metal se depreció en una cuarta parte (Jehne 2001: 81-82). A cambio de ello, la romanización de la Galia hizo de ésta una de las provincias más pujantes del Imperio Romano y, a la larga, constituyó un acontecimiento decisivo para la formación de la Europa medieval y moderna (Canfora 2000: 142).

No se piense, sin embargo, que esa huida hacia delante era desesperada. Por el contrario, César procedía con la seguridad, la frialdad y el sentido de previsión que caracterizaron toda su carrera política. La *lex Vatinia* le había asignado dos provincias, la Galia Cisalpina (el norte de Italia, a partir del Po) y el Ilírico (la franja costera de Adriático oriental); a petición de Pompeyo, el Senado añadió la Galia Narbonense (la Provenza), que había quedado vacante tras la repentina muerte de su gobernador. La elección de las dos provincias no era casual. César sabía que había grandes posibilidades de que estallase en cualquiera de ellas el conflicto que tanto necesitaba: recientemente, el pueblo de los boyos había atacado a los aliados de Roma en el norte de la Cisalpina, y el Ilírico sufría la amenaza de las tribus del interior y, más en concreto,

del dacio Burebista, empeñado en la creación de un reino a orillas del Danubio. A estas razones se añadían otras no menos importantes: haciendo frente a los pueblos del norte, César podía presentarse ante el pueblo como un Mario redivivo, nuevo defensor de Roma frente a los bárbaros; además, en la Galia Cisalpina había grandes contingentes de ciudadanos romanos, que constituían una reserva crucial de reclutas para el ejército y una masa, no menos importante, de votantes que enviar a Roma; esta provincia, finalmente, le ofrecía la oportunidad de mantener fácilmente el contacto con Roma y, de esa manera, velar por sus intereses políticos en la ciudad (Carcopino 2000: 256-260; Canfora 2000: 109; Jehne 2001: 60).

De hecho, este último punto fue objeto de especial cuidado por parte de César. Su futuro político (y judicial) estaba asegurado por cinco años, siempre y cuando no se derogaran las disposiciones del 59 a.C., y para ello convenía tener gente de confianza en los puestos de dirección del Estado, además de contar con el apoyo de sus socios Craso y, sobre todo, Pompeyo. Lo último quedó asegurado con el matrimonio de su hija Julia con el Magno (59 a.C.). En cuanto a Craso, tenía garantizada la colaboración de quien durante años había financiado y avalado su carrera política. A esto había que añadir la actividad desarrollada en Roma por sus agentes (fundamentalmente, Opio y Balbo; quizá también el turbulento e imprevisible Clodio). De hecho, César, sin dejar de atender a sus obligaciones como general en campaña, siempre tuvo la mirada puesta en la Ciudad: un eficaz servicio postal le hacía llegar constantemente informes

de sus hombres, cartas de amigos y despachos oficiales, y sus estancias invernales en el norte de Italia le permitían reunirse con sus colaboradores y planificar la estrategia que debían seguir en cada caso.

El Primer Libro de los *Comentarios a la guerra de las Galias* recoge las campañas del año 58 a.C. contra los helvecios y los germanos. El propósito principal que guiaba a César en estas primeras páginas era ofrecer una justificación para ambos conflictos, que no era otra que la defensa de la Narbonense y de otros aliados de Roma frente a la amenaza de dos pueblos temibles. Lo cierto es que César, aparentemente, no tenía previsto que el conflicto que buscaba fuese a comenzar con los helvecios. No obstante, supo aprovechar la oportunidad en cuanto se le ofreció. Y no dudó en forzar argumentos y explicaciones para ello. No se podía tolerar, afirmaba, que los helvecios se estableciesen en un territorio próximo a la Narbonense, el de los sántonos, por más que éstos habitasen ¡a doscientos kilómetros de la Provincia!: lo que planteaba, pues, era un conflicto preventivo destinado a garantizar la seguridad en la frontera. Para la mentalidad romana era una razón aceptable.

Con los helvecios César no dudó en recurrir al engaño para ganar tiempo y fortalecer su posición. A continuación, dos rápidas acciones le bastaron para destrozar su ejército. Los helvecios no tuvieron otra opción que rendirse. César los devolvió a su territorio original para que siguieran actuando como dique de contención frente a la presión de los pueblos germanos.

Una llamada de auxilio del heduo Diviciaco, amigo fiel de Roma, permitió enlazar una campaña con otra. Las

luchas por la supremacía entre pueblos galos habían propiciado la irrupción en escena del germano Ariovisto, que rápidamente había sometido bajo su férula tanto a los enemigos (heduos) como a los supuestos aliados (arvernos y sécuanos), y ahora amenazaba con desestabilizar toda la Galia con el aporte de grandes contingentes de tropas germanas que estaba trayendo de la otra orilla del Rin. Cabe la posibilidad de que la situación no fuera tan crítica como la describe César, pero lo cierto es que éste estaba obligado a dar muy poderosas razones para declarar la guerra al mismo rey para el que un año antes, al principio de su consulado, había conseguido el título de amigo y aliado del Pueblo Romano. En cualquier caso, podía contar con la reacción visceral que provocaba en Roma cualquier noticia sobre amenazas de los pueblos del norte: un exceso de dramatismo entraba, por tanto, dentro de lo esperable. Sea como fuere, el general respondió con presteza a la petición de Diviciaco. Fracasados varios intentos de negociación con Ariovisto, el conflicto se resolvió en una batalla memorable. Los germanos sufrieron grandes pérdidas y se vieron obligados a cruzar de nuevo el Rin.

Antes de la batalla final, César hubo de hacer frente a una grave crisis: su ejército se encontraba atenazado por el pánico que provocaban aquellos bárbaros terribles. Sus habilidades oratorias le sirvieron para salir brillantemente del paso. No obstante, en el relato aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para lanzar un duro ataque contra los jóvenes aristócratas que formaban parte de su séquito, los primeros en venirse abajo a la menor dificultad. En contraposición, César no escatimaba elogios

para sus oficiales y soldados. Con ello estaba perfilando la imagen del ejército que pretendía formar: un ejército de ciudadanos, entregado a su jefe, en el que difícilmente podían encontrar acomodo los retoños de la vieja, corrupta e indigna aristocracia dirigente.

El Libro Segundo está consagrado a la campaña contra los belgas (57 a.C.). En cierto modo, forma una unidad con el tercero (Martin 2000: 35), toda vez que ambos relatan la generalización de la guerra hasta la pacificación aparente de toda la Galia, una vez conquistadas sus regiones más alejadas. No obstante, hay diferencias sustanciales: este libro se encuentra centrado por completo en torno a la figura de César, en tanto que en el tercero el general comparte el protagonismo con sus lugartenientes, debido a la multiplicación de los frentes de guerra.

La formación de una coalición belga contra César era inevitable. Al disponer que sus tropas invernasen en mitad de la Galia, el procónsul estaba dando a entender, claramente, que había llegado para quedarse, y que en sus planes de conquista entraban los territorios del norte. Por otra parte, tampoco el ejército romano podía hacer otra cosa: tras la derrota de Ariovisto, la situación era muy inestable, y precisaba de alguien que ejerciese el control con mano férrea. De otro modo, sobrevendría el caos (Jehne 2001: 69). En tales condiciones, César, nuevamente, aprovechó la ocasión que se le ofrecía: penetró en territorio belga y precipitó los acontecimientos. Los aliados se vieron enfrentados a una guerra total. No tardó en cundir entre ellos la división, propiciada por César, que sólo hubo de vencer la resistencia tenaz de los

nervios, a los que diezmó, y de los atuátucos, que pagaron muy caro su intento de engañarle. Entretanto, el hijo menor de Craso se ocupaba de someter a los pueblos de la costa oeste.

Concluida la campaña, César despachó a Roma un informe triunfalista: la Galia estaba pacificada. Esto le valió una *supplicatio* de quince días, un honor nunca concedido hasta entonces. Sabía que era una noticia demasiado precipitada, pero necesaria: había que causar impresión en Roma, encontrar una justificación para futuras campañas (tras el sometimiento de la Galia cualquier nuevo estallido de violencia sería considerado ya como un acto de rebelión que necesariamente habría de ser reprimido) y, no menos importante, adquirir una posición de fuerza de cara a una nueva negociación con los otros triunviros, que veía inevitable tras el deterioro de su situación política en Roma. En efecto, en el curso de este año se había producido un acercamiento entre Pompeyo y sus adversarios políticos, y se habían recrudecido los ataques contra la legislación cesariana. Había que recomponer la situación: César maniobró con presteza, entrevistándose primero con Craso en Rávena e, inmediatamente después, concertando una reunión de los tres socios en Luca. De resultas de ésta, se reforzó la coalición: Pompeyo y Craso se hicieron elegir cónsules para el año 55 a.C., tras lo cual el primero recibió las dos provincias hispanas por cinco años y el segundo obtuvo Siria, en tanto que a César se le renovaba su mandato en la Galia por otros cinco años (con la cláusula adicional de que no se podría plantear la asignación de sus provincias hasta el 1 de marzo del año 50 a.C.).

El Libro Tercero desplaza el teatro de operaciones hacia el oeste, donde se desarrollaron las campañas contra los vénetos y otros pueblos del noroeste, al tiempo que en el sur se consolidaba el sometimiento de Aquitania (56 a.C.). Como ya se ha dicho, la dispersión de los frentes provocaba que César hubiera de compartir el protagonismo con sus lugartenientes. Puede que esto explique, siquiera en parte, la excepcional brevedad del libro, a pesar de que el 56 a.C. fue un año denso en acontecimientos y hechos de guerra. César, víctima de su obsesión por brillar en solitario, no dudaba en escatimar méritos a sus legados y acortar al máximo el espacio reservado a éstos. Incluso llega al punto de producir en el lector la impresión de que él era el verdadero responsable, en la distancia, de las victorias alcanzadas por aquéllos.

El resultado de estas operaciones fue la modificación drástica del equilibrio geopolítico en la costa oeste de la Galia y el establecimiento de las condiciones necesarias para dar el siguiente paso en su estrategia de ocupación (Canfora 2000: 123): las miras estaban puestas ahora en Britania, una vez asegurada la pacificación de la Galia. Con este fin, César dispuso que sus tropas invernasen en el oeste.

El Libro Cuarto se ocupa de la guerra contra los usípetes y los téncteros, y de dos breves incursiones, la primera al otro lado del Rin, la segunda en el sur de Britania (55 a.C.). El conflicto con los dos pueblos transrenanos obligó a César a diferir sus proyectos de conquista en el oeste y concentrar todos sus esfuerzos en el este. En realidad, la irrupción de ambos pueblos en la Galia había

sido causada, en último término, por el propio César: obligando a los suevos de Ariovisto a cruzar el Rin, había dado lugar a que éstos, a su vez, desplazasen a usípetes y téncteros, que hicieron el camino inverso aprovechando el estado de debilidad de los pueblos galos. La alarma de César estaba justificada: los invasores disponían de un nutrido ejército, con una formidable caballería de asalto; además, podían provocar un levantamiento general en los pueblos del este. De hecho, los primeros movimientos de César se encaminaron a sofocar los conatos de sublevación entre los galos. A continuación, marchó contra usípetes y téncteros, a los que infligió una severísima derrota. Hubo una masacre, y tal fue el impacto que ello produjo en Roma que Catón no dudó en aprovechar la ocasión para solicitar que César fuese entregado a los germanos por haber violado el derecho de gentes, impidiendo que estos pueblos solicitasen asilo en la Galia.

Sin dilación, César decidió cruzar el Rin. Las razones que pudieron impulsarlo eran varias: emular a Pompeyo en su búsqueda de gloria y fama, adentrándose como él en *terra incognita;* acallar los rumores que estaban haciendo circular sus enemigos en Roma; finalmente, dar una lección a los pueblos de la otra parte del Rin para disuadirlos de pasar a la Galia. La incursión en territorio germano resultó ser muy poco gloriosa: dieciocho días merodeando por el territorio de los sugambros, saqueando y destruyendo, pero sin entrar en combate con el grueso de las tropas germanas.

Concluida esta acción, César retornó al punto de partida, en el oeste, y dispuso una breve expedición de reconocimiento en suelo britano (dado lo avanzado del vera-

no, poco más podía hacer). La justificación para esta nueva misión la encontró César en el «derecho de persecución»: de suelo britano, afirmaba, llegaban constantemente refuerzos y ayuda a los rebeldes galos. Se trataba, por tanto, de crear un espacio seguro en torno a los territorios recién conquistados. Sin embargo, la expedición estaba mal preparada (a pesar de los esfuerzos de César por disimularlo en su relato). Los reveses se sucedieron y apenas hubo logros militares que reseñar. Y las riquezas que se esperaba encontrar en la isla no aparecieron por ninguna parte.

A pesar de todos estos problemas, César se las arregló para presentar ante el Senado un informe suficientemente positivo como para conseguir que se le concediera una nueva *supplicatio:* no en vano, era el primer romano que había logrado cruzar dos fronteras míticas del ideario geopolítico romano, el Rin y el canal de la Mancha.

El Libro Quinto presenta dos partes contrapuestas, que reproducen a la inversa la disposición del libro anterior: los veintitrés capítulos iniciales están dedicados a la segunda expedición a Britania; los treinta y tres restantes se ocupan de las revueltas en el nordeste de la Galia. A decir verdad, el segundo grupo corresponde al invierno del 54-53 a.C., con lo que el libro V, correspondiente a los hechos del 54 a.C., hubiera debido acabar, en realidad, en el capítulo 24 (Martin 2000: 42).

En Britania, el plan de César consistía en conquistar con un movimiento envolvente la parte meridional de la isla, la más cercana a la Galia (Kent y, posiblemente, Cornualles). Para ello necesitaba no más de tres meses. Sin embargo, la expedición se saldó con un nuevo fraca-

so. Las razones eran variadas: debido, en buena medida, a las dificultades por las que pasaba su situación política en Roma, la campaña se había iniciado con mucho retraso, lo que provocó la pérdida del factor sorpresa; sobre su ejército se había abatido una serie de calamidades y desastres totalmente imprevistos; y, lo más importante, la estrategia de hostigamiento y audaces golpes de mano desarrollada por el jefe enemigo Casivelono acabó por dejarle en una situación realmente comprometida. En tales condiciones, el general adoptó la única decisión posible: se embarcó de vuelta en los primeros días de septiembre, apenas tres semanas después de haber puesto pie en la isla. Los resultados de la expedición fueron decepcionantes: no se había podido consolidar la dominación romana en la isla, ni siquiera en una mínima parte de la misma, y las supuestas riquezas de la isla (oro, plata) seguían sin aparecer. La tropa de comerciantes y hombres de negocio que había seguido a César en su aventura britana volvió con las manos vacías.

Por si no fuera suficiente este fracaso, durante el invierno estalló una revuelta en torno a los campamentos que César había ubicado en el centro y nordeste de la Galia. El levantamiento obedecía a diversos motivos: las élites locales impuestas por César estaban pasándose al lado de sus enemigos o habían sido suprimidas, muchos pueblos sentían amenazada su economía y hasta su propia existencia con la agresiva política de conquista de César y, en último lugar, y no menos importante, los druidas se habían decidido a intervenir, quizá en respuesta a la intromisión de César en suelo britano, centro del culto druídico (Martin 2000: 47-48). Se trataba de

una rebelión organizada y concertada: todos los pueblos conjurados atacaron al unísono, cada uno a la legión acantonada en su territorio. El plan estaba bien pensado, y podía poner en graves aprietos al ejército romano, ya que las legiones se encontraban aisladas unas de otras. El relato de César no permite apreciar con claridad la secuencia cronológica, ya que se ha centrado en la suerte dispar de dos de sus legiones, por lo que pudiera tener de ejemplar: una legión y media, acampada en territorio de los eburones, fue totalmente exterminada por éstos, bajo el mando de Ambíorix; en cambio, la legión estacionada en territorio de los nervios, mandada por Quinto Cicerón, logró resistir hasta la llegada de César. Tras esto, el libro se cierra con la noticia de una victoria de Labieno sobre los tréveros, un broche optimista para concluir un libro plagado de malas noticias. De hecho, que César se viera obligado a pasar el invierno en la Galia, después de haber anunciado que toda la Galia estaba pacificada, debió de causar sorpresa y estupor en Roma. Y las dificultades estaban lejos de resolverse: César se vio en la necesidad de reclutar dos nuevas legiones en el norte de Italia, además de pedir una prestada a Pompeyo, lo que elevó la suma de las que tenía bajo su mando a diez, en torno a cincuenta mil hombres en armas.

El Libro Sexto recoge la intensa actividad desplegada por César en el curso del año 53 a.C.: operaciones de sometimiento de diversas tribus galas, segunda expedición al otro lado del Rin, persecución de Ambíorix y exterminio de los eburones. Sin embargo, es uno de los más breves. Ello se debe a que César no estaba dispuesto a ofrecer como único logro de este año una larga y monótona

lista de operaciones de pacificación de pueblos que nunca terminaban de someterse, en tanto que la revuelta seguía extendiéndose. En consecuencia, optó por desviar la atención de sus lectores, insertando para ello una larga digresión sobre los galos y los germanos, que ocupa casi el cuarenta por ciento del libro: este tipo de descripciones etnográficas llamaban poderosamente la atención de los lectores de la época.

El segundo paso del Rin no tenía, en palabras de César, otro propósito que el de hacer una demostración de fuerza a los suevos y a los ubios, aunque algunos autores modernos sospechan que, en realidad, aquél había concebido grandes planes de conquista para Germania. Sea como fuere, al retirarse los suevos, optó por dar por concluida la aventura: una decisión prudente en un territorio en el que no podía asegurar ni las comunicaciones ni el aprovisionamiento del ejército. De vuelta a la Galia, concentró sus esfuerzos en la persecución de Ambíorix. En su intento de volver a su propio pueblo contra él, desató una campaña de exterminio que acabó en genocidio: el pueblo eburón prácticamente desapareció de la Historia.

Con su digresión, César «inventó» el Rin como frontera natural entre galos y germanos o, lo que era lo mismo a sus ojos, entre pueblos en vías de civilización y simples bárbaros. Esta imagen fue aceptada por sus contemporáneos y se perpetuó en el curso de los siglos, con importantísimas consecuencias para la historia de Europa. En realidad, a ambos lados del río se estaba desarrollando una cultura única, la de los celtas de La Tène III. César creó, pues, una separación donde no la había, sólo para

justificar la guerra que estaba llevando a cabo en suelo galo, en un momento en que arreciaban las críticas en Roma y se cuestionaba la pertinencia de aquel esfuerzo bélico. Se trataba de justificar la conquista de la Galia como algo necesario e insoslayable: allí había una civilización, una cultura en formación que debía ser incorporada al mundo romano, salvándola de la agresión y la influencia de la barbarie germánica. De hecho, la imagen que transmitía de los pueblos transrenanos, modelada en buena medida según el mito del «buen salvaje», tenía por objeto desaconsejar, igualmente, cualquier intento de extender la conquista a la otra parte del río: los pueblos germánicos no podían ser asimilados. En cierta medida, César se inventó también a los germanos (Martin 2000: 53, 57, 59).

Durante el invierno, en el norte de Italia, César se vio obligado a redoblar sus esfuerzos por reconducir la situación política en Roma: las muertes de su hija Julia y de Craso habían resquebrajado su alianza con Pompeyo, ahora más cercano a sus enemigos políticos, y el asesinato de Clodio le privaba de un importante puntal de su política en la ciudad. Sus maniobras para evitar la ruptura con Pompeyo fracasaron. César, pues, asistía impotente desde su provincia a aquella sucesión de acontecimientos calamitosos, mientras en la Galia la rebelión cobraba cada vez más fuerza.

El Libro Séptimo narra el enfrentamiento decisivo, el duelo, de proporciones épicas, entre César y Vercingétorix (52 a.C.). La nueva y definitiva revuelta se inició (o cobró nuevo impulso) en Cénabo, con la matanza de los comerciantes romanos afincados en la plaza.

Al frente de la rebelión, posiblemente organizada por los druidas, se encontraba Vercingétorix, un líder con grandes dotes diplomáticas y estratégicas. César se vio obligado, en primer término, a asegurar la defensa de la Narbonense, amenazada a lo largo de toda la frontera. Al mismo tiempo, debía impedir que las legiones, aisladas de su jefe, fueran aniquiladas. Había, pues, una estrategia bien planteada por parte de los galos: bloquear a César en la Narbonense y proceder al exterminio de sus legiones. El plan, sin embargo, falló: consolidada la frontera de la Narbonense, César se apresuró hacia Agedinco, pero dando para ello un rodeo por el este, una maniobra que no esperaban sus enemigos. De esta manera, pudo reunirse en la plaza con dos de sus legiones y esperar allí la llegada de las restantes. Todo ocurrió muy rápidamente: los enemigos no tuvieron tiempo de reaccionar. De inmediato, Vercingétorix cambió de planteamiento y recurrió a la estrategia de tierra quemada. Pero también este expediente falló: la toma de la ciudad de Avárico procuró a César provisiones en cantidad más que suficiente. El asedio de la plaza, llevado a cabo en condiciones extremas, exasperó a sus soldados: tal es, al menos, la justificación esgrimida por César para explicar la matanza de sus habitantes.

Ya a la ofensiva, el siguiente paso lo dio César en Gergovia. Fue su primer gran fracaso en territorio galo, aunque el relato apenas lo deje traslucir: todas las culpas recaen sobre sus propios soldados, criticados por su indisciplina y presunción. Las consecuencias de esta derrota fueron importantes: César emprendió el camino de